

El editor y el autor se disculpan por cualquier error u omisión.
Si se detectan, serán rectificadas en cuanto tengamos oportunidad.

© del texto: Pedro Ample Candel, 2023
© de las imágenes: Sus autores y archivos correspondientes, 2023
© del prólogo: Luis Lapuente Montoro, 2023
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2023
Sant Salvador, 8 — 25005 Lleida (España)
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com

Primera edición: septiembre de 2023

Impresión:
Arts Gràfiques Bobalà, S L
Sant Salvador, 8
25005 Lleida
www.bobala.cat

ISBN: 978-84-19884-46-9
DL: L 386-2023

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Índice



Prólogo. <i>El cantor de jazz</i>	11
1. Las manos en los bolsillos.....	15
2. Café cantante.....	19
3. Pim, pam, pum.....	25
4. Fort Ti	33
5. Una morena y una rubia	43
6. El tesoro de Muck.....	45
7. El gran Caruso.....	53
8. Noticiero Cinematográfico Español	61
9. <i>Olimpiada musical</i>	75
10. Novillos	81
11. Come pan.....	89
12. Cuando leas estos te dejo más	95
13. Mo no, mo no, mo no, mo	101
14. La porra del centro.....	113
15. La primera vez	121
16. Un buen calambrazo	133
17. Desfile de modelos por la Gran Vía.....	151
18. Los Grimm	165
19. <i>Otto e mezzo</i>	177
20. La chica inglesa	195
21. ¡Que cante el batería!	207
22. La Isla de Gaby y todo lo demás.....	227
23. Ruy-Blas	247



24. La visita de la fama.....	263
25. Censurado y al cuartel.....	269
26. Grabación suspendida.....	289
27. <i>Jazz</i> o algo parecido.....	303
28. Carta de libertad condicional	315
29. Club de <i>jazz</i>	323
30. Discos, baquetas, percusiones.....	337
31. Españoles... Franco ha muerto	349
32. Dolores llama a la puerta.....	365
33. Paco quería hablar conmigo	371
34. Una uña nueva.....	391
35. Ungüento para quemaduras en Picadilly Circus	403
36. El <i>Spanish Heart</i> de Chick.....	413
37. <i>Bleecker with Elizabeth</i>	421
38. María Eugenia aún me ama.....	437
39. ¿Podré volver a cantar?	447
40. Mi primer <i>casting</i> , o tal vez el segundo o el tercero	459
41. Esperando a Jaco.....	463
42. Mi revolución francesa	471
43. Radio Macuto.....	479
44. ¡Agresión!.....	485
45. Sueño inmaterial.....	495
46. El efecto dos mil	503
Agradecimientos.....	507

Prólogo



El cantor de jazz

«Ninguna cosa importante puede tener un origen arbitrario, y si yo toreaba como lo hacía era porque en el campo, y de noche, había que torear así».

Juan Belmonte, matador de toros
MANUEL CHAVES NOGALES

No soy consciente de haber hablado nunca acerca de Chaves Nogales con Pedro Ruy-Blas (nacido Pedro Ample Candel en Madrid, en 1949), pero intuyo que es un escritor que le interesa, si es que no le apasiona. No, ninguna cosa importante puede tener un origen arbitrario, y si Pedro ha llegado a ser uno de los escasos vocalistas españoles dignos de ser tildados de cantores de *jazz*, seguro que algo hay en sus recuerdos más íntimos, esos que se atesoran en algún arcano de la memoria, que explican esa pasmosa devoción de un chaval madrileño de la posguerra (de aquella guerra fratricida que pronto cumplirá un siglo) por la música de los tugurios y los suburbios negros estadounidenses. Si Pedro interpreta el *jazz* como lo hace es porque en el silencio de la noche, agazapado en un garito embadurnado de humo y de miserias, hay que cantar así. En Nueva Orleans o en Madrid, el *jazz*, o se canta así o mejor guardar silencio.

Hoy, Pedro Ruy-Blas enarbola con orgullo el título de cantante de *jazz*, lo de cantor ya valió como homenaje a otra de sus pasiones, el cine. Hubo un tiempo en que en su vitola profesional figuraban las palabras mágicas que permitieron subsistir, malvivir, a los artistas durante la larga noche del franquismo: teatro, circo y variedades. No por casualidad fue este el título (*Teatro, circo y variedades*) elegido por Pedro para su álbum de regreso a la música en 1999, tras una larga temporada dedicado al teatro musical, ese sueño inmaterial al que se refiere en las últimas páginas de este formidable libro inacabado, tanto como lo está su biografía, que aún inventa y resguarda, vitalista empedernido, a golpe de metrónomo y latidos cardíacos, desde ese cruce de caminos que Pedro sitúa en el año 2000, justo cuando



empieza a desplegar en disco y en directo el largo bagaje artístico que nos explica en detalle en estas páginas. Ahí termina el libro, unas memorias que habrán de tener continuidad en la aventura no escrita de las últimas décadas, cuando graba y publica discos de *jazz* vocal de alta escuela, como *Ample* (2008) o *El americano* (2014), cuando se entrega a la experimentación electrónica con *Homo ludens* (2018) y *Cyber Dolores* (2019) o cuando regresa al soul de sus amores con *Back to soul* (2021): «Han sucedido muchas más cosas en estos veintidós nuevos años que comienzan desde aquí. También forman parte importante de mi vida, aunque son recientes y no los considero al menos por ahora, memorias. Son simplemente cosas que han pasado hace poco, tan solo veintidós años».

«De eso trata mi música. Debemos darnos de baja del club de lo predecible, llámese el club del *jazz* como del pop, el *country*, el *rock and roll*, el folk, el *bluegrass*, el *world beat*... todas estas categorías nos impiden pensar como seres individuales. Lo único consistente en la vida es el cambio». En estas palabras de su admirado Wayne Shorter se esconde el secreto que Pedro Ruy-Blas nos va desvelando a golpe de anécdotas, sinécdoques, prosopopeyas y circunloquios en sus memorias. Recuerdos imborrables de inocentes aventuras sexuales y de epifanías musicales sobrevenidas en la habitación de su padre, donde mataba las horas en su infancia: «Allí escuché a Ángel Álvarez, y su *Vuelo 605* en Radio Peninsular, presentar a una nueva cantante llamada Dionne Warwick, interpretando una canción titulada “Walk on By”, que fue una de las mayores sesiones de hipnotismo en tres minutos de mi vida». Recuerdos y pasiones, que trascienden estas páginas autobiográficas y se forjan en aquellos años de carestía material y fertilidad emocional, al calor del transistor familiar primero, y luego del magnetofón Grundig de su futuro cuñado, Jim Harold Hayes, sargento de la policía militar de la base norteamericana de Torrejón de Ardoz, un grandullón afroamericano nacido en Illinois que le descubrió un tesoro insondable en decenas de grabaciones de clásicas negras de los años cincuenta y primeros sesenta, la edad de oro del *jazz* adulto, el *rhythm and blues* y el soul primitivo, esa luminosa encrucijada donde se le revelaron a Pedro nombres que nunca le dejarían de su mano, Miles Davis y sus acólitos, Max Roach, Jon Hendricks, Cab Calloway, Ray Charles, Otis Redding, James Brown...

Pedro Ruy-Blas no esconde sus otras grandes pasiones, el cine (la primera película, *El tesoro de Muck*; la imborrable, *Los cuatrocientos golpes*; y tantas y tantas otras), el fútbol y el Real Madrid: «De ese modo pude ver al Real Madrid, aunque por poco tiempo con medias negras y de cerca a Juanito Alonso, Molówny *el Mangas*, Lésmes, Muñoz, Rial, Zárraga, Gento...». Sabe ser minucioso a la hora de repasar los hitos de su carrera musical, los primeros escarceos en Los Grimm, la entrada en Canarias para sustituir a Teddy Bautista, cuando este fue llamado a filas, el padrinzago de Alain Milhaud y Paco de la Fuente con las históricas grabaciones en el sello Poplandia (“A los que hirió el amor”, eterno himno personal), la insólita explosión creativa que supuso el grupo Dolores en aquella España desnortada del año 1975, sus aventuras con los miembros del clan del Whisky Jazz y el Balboa Jazz,



su imponente omnipresencia en la escena del teatro musical de los años ochenta y noventa, *Jesucristo Superstar*, *Los miserables*... Un resplandeciente daguerrotipo del hombre que imaginó la vida y la aprendió desde las paredes de «aquella habitación, la pequeña y la primera al entrar en la casa, que continúa nítida en mi memoria, conteniendo infinidad de recuerdos, sorpresas, juegos, pesadillas, sueños y temores».

Ahí, en las páginas en sepia de la memoria del niño Pedro Ample, se escudriña la intrahistoria de nuestro pasado colectivo y se adivinan los mimbres que convertirían a aquel aprendiz de ilusionista (de las ilusiones de esa vida que nunca te decepciona) en el gran cantante de *jazz* nacional de las últimas décadas. No hay otro vocalista en España capaz de aglutinar en torno a sus producciones a tantos grandes músicos crecidos en la escuela del *jazz* y el pop, músicos (Jorge Pardo y Pepe Robles, o los fallecidos Horacio Icasto, Larry Martin y Bob Sands, por ejemplo) que participaron en muchos proyectos comunes con él y que se confabularon para embellecer esa bendita anomalía que fue *El americano*, un disco forjado desde la devoción por la mejor música popular del siglo xx, enraizado en los sonidos negros, del *blues* al soul y el *jazz*, y en la magia del *swing* y la *torch song*, donde se sienten la carne y el alma de uno de esos raros cantantes capaces de inyectar sinceridad y profundidad, alegría y dolor tanto en Gerswhin como en Procol Harum, Bill Withers, Clyde Otis o el Dr. John. Nuestro Oscar Brown Jr., nuestro Mose Allison: Pedro Ruy-Blas.

Sinceridad, profundidad, alegría, dolor, emociones que no admiten chaqueteos ni imposturas. Hace algunos años, Pedro contestaba así en las páginas de la revista *Efe Eme* cuando le preguntaba su opinión acerca de sendos álbumes de Michael McDonald, sobre clásicas de Motown, y de Rod Stewart, sobre el cancionero de Tin Pan Alley: «Mi concepción del *jazz* vocal siempre irá unida a cierta negritud, para mí es necesario que el sentido primigenio del *jazz* esté de algún modo presente. Los discos que mencionas están bien, grandes producciones al servicio de estrellas que abordan el *jazz* de un modo un tanto sofisticado. Toda la vida cantando *rock and roll* y ahora, en la madurez, queda estupendo emular a Frank Sinatra o a Tony Bennett. De ahora en adelante veremos a muchos cantantes que abordarán este tipo de trabajos, pero para mí el noble título de cantante de *jazz* es algo que hay que ganarse durante años de otro modo, con otros méritos, mediante otra actitud».

Leyendo las memorias de Pedro Ruy-Blas se atisban esos méritos, esa actitud, esa generosidad vital, esa entrega a una música que habla de las profundidades del alma humana y se expresa mejor en viñetas y destellos, como el *jazz*, como esas películas costumbristas teñidas de humor negro y ternura hacia unos personajes esperpénticos, desde el *Plácido* de Berlanga hasta *El pisito* de Ferreri, iconos del Madrid de la posguerra que centellean en las historias e historietas pespunteadas por Pedro entre referencias a Paco de Lucía, José Tamayo, Fernando Arbex o Jaco Pastorius. Música y música y música, y teatro. Y cine, cine, cine, más cine, por favor, cine de sesión continua. Según nos abandonamos a la prosa apasionada de Pedro Ruy-Blas, se nos va agolpando en el paladar el sabor a esos cuatrocientos golpes donde Truffaut empezó a dibujar la biografía de su Antoine Doinel, y de



pronto comprendemos que Pedro se aparece aquí, en su libro abierto, como una suerte de trasunto del personaje encarnado en la pantalla por Jean-Pierre Léaud, más cercano, menos amargo, bailando su vida a ritmo de *swing* en lugar de empararla en alcohol de milonga y de tango y de absenta en un bistró parisino. No, no hay nostalgia en la mirada atrás de la memoria del cantor de *jazz*, no más que en las canciones eternas de Irving Berlin y Cole Porter. *Dreams come true*, solo son los sueños de aquel niño en la habitación mágica de su padre, en un Madrid que empezaba a llenarse ya de tranvías y trolebuses.

«Al escribir todo esto he tenido que combatir con la nostalgia, dándome cuenta de que puede ser el mayor alimento para la pereza, agotando los recuerdos, que son lo único que le queda a quienes admitan no tener futuro. Yo intento tenerlo y me ilusiona el día a día, aprendiendo las lecciones que la vida me ofrece constantemente. Espero que de ese modo el futuro seguirá avanzando hasta dónde pueda llegar. De modo que procuro no tener demasiadas certezas y permanecer siempre atento a tanta belleza que nos regala este maravilloso mundo».

Así, en fin, Pedro Ruy-Blas nos mira directamente a los ojos, con esa media sonrisa de complicidad tan suya, y nos invita a disfrutar del futuro que nadie ha escrito, sin dejar de pensar que no fuimos nada o apenas nada, fuimos, como él, uno de tantos a los que hirió el amor.

LUIS LAPUENTE MONTORO



1



Las manos en los bolsillos

Muchos de mis recuerdos son borrosos, insuficientemente nítidos. Al no conseguir verlos con realismo dejan de interesarme y abandono intentar atraparlos. Es probable que la bruma difusa, el camuflaje en el que mi pasado intenta a veces ocultarse, sea la advertencia en no insistir por la cuenta que pudiera traerme perseguir recuerdos, ingratos, inconfesables, que incluso dando muestras de querer liberarse saliendo a relucir, no logro, al menos en ese momento, superar mi miedo. Podría tratarse de una trampa llena de emociones sin control que acabaría causándome dolor, y en el mejor de los casos, un viejo sueño que solo eso fue, una mentira convertida en realidad, o cualquier argucia del subconsciente.

También me ocurre con los recuerdos, que me sumerjo en ellos con regocijo, los abandono, o los conservo como oro en paño, y los congelo en el destierro; desearía revivir sonidos, rostros, besos, nombres, amoríos, risas, canciones, ilusiones, y me entristezco cuando no lo consigo. Otros, preferiría olvidarlos, aunque sé que no puedo. Los hay que simplemente se desvanecen como si no hubieran ocurrido, y solo consigo atrapar pequeños fragmentos incompletos que me dejan insatisfecho.

Aun así me propongo rememorar ciertos episodios de mi vida; sabiendo que me mostraré vulnerable, a veces confuso, inseguro, melancólico. Aunque ansioso, espero que prevalezcan los momentos en que consiga que fluyan libres, dichosos y sin temor mis recuerdos.

Salir en busca de mí mismo es una buena razón para intentarlo, a pesar de correr el riesgo de comprobar lo mucho que he olvidado, y que poco no.

Por eso, tal vez tuvo razón aquella echadora de cartas a la que acudí una tarde.

A comienzos de los setenta fui un cantante famoso de veintiún años, un *twenty something* como se le llama en la actualidad, apareciendo a menudo en las únicas dos cadenas de televisión en blanco y negro existentes.



Mantengo una buena amistad con el por entonces relaciones públicas del elegante tablao flamenco madrileño *Café de Chinitas*, Javier Sánchez Ocaña, a quién conocí siendo periodista de *La Hoja del Lunes*, hijo del que fue presidente de la Asociación de la Prensa durante muchos años. Tanto a mi como a otros amigos de los que hablaré, no nos faltaban cada noche un par de copas a las que Javier nos invitaba en la barra del tablao, o cuando quedaba sitio libre en alguna mesa del restaurante frente al escenario, desde donde pude escuchar a muchos y muy buenos cantaores y guitarristas y también disfrutar de la belleza y el arte de grandes bailaoras.

Siempre me gustó el flamenco. Incluso sin ser consciente de ello desde niño estuve familiarizado con su soniquete, tan presente en la radio de aquella época. Por razones que no voy a explicar en este momento y sí más adelante, alguien me enseñó a tocar las palmas por bulerías y rumbas siendo apenas un niño, y no se me daba mal seguir esos compases ya con doce o trece años.

Una de aquellas noches, cuando los artistas abandonaban sus camerinos estuvimos un rato conversando en la barra compartiendo una copa con algunos. No recuerdo ni cómo ni por qué surgió el tema. Una bailaora comenzó a hablarnos acerca de una echadora de cartas que conocía. Nos comentó maravillas, al final Javier acabó por tomar nota del teléfono de la vidente.

Yo nunca tuve demasiado interés en esas costumbres tan comunes en el ambiente flamenco de cartomancia, horóscopos, quiromancia, augures y cosas por el estilo. Siempre pensaba que se trataba de paparruchas. A pesar de ello Javier, probablemente para no tener que ir solo a la consulta de Arcanos, insistió en ir juntos y finalmente acepté, pues en aquellos tiempos era fácil de convencer para apuntarme a algo que tuviera aspecto de aventura o que pudiera llegar a ser divertido.

Al cabo de dos o tres días, me cité con Javier cerca de la casa en la que conoceríamos nuestro futuro previo pago de una cantidad asequible de pesetas.

Subimos hasta un cuarto o un quinto en que en unos instantes, tras llamar a una puerta, nos abrió una mujer de unos cuarenta años de buen aspecto, pelo claro, bien vestida, Ofreció la entrada extendiendo amablemente su mano hacia el interior del piso.

Una vez dentro nos condujo a un pequeño cuarto de espera similar al de cualquier dentista o médico de cabecera de segunda. La mujer preguntó quién de los dos comenzaría la sesión, contestándole según nuestro previo acuerdo para que Javier fuese primero porque tenía algo de prisa.

Quedé a solas esperando mi turno sentado en uno de esos tresillos baratos frente a una pequeña mesa sobre la que se hallaban arrugadas algunas revistas del corazón, con varias semanas de antigüedad.

Al cabo de una media hora, escuché que habían terminado, se acercaban a la habitación en la que yo esperaba.

—¿Qué tal? —le pregunté a Javier en voz baja nada más verle.

—Bien —respondió con firmeza y su eterna sonrisa.



Despidiéndose, la mujer acompañó a Javier a la puerta de salida, tras cerrarla me indicó el camino a la habitación en donde nos esperaba un elegante velador de buena madera con una silla frente a otra, situados en una de las esquinas de lo que parecía ser un salón comedor bastante grande junto a una ventana que daba a la calle por la que entraba a raudales la luz de la tarde filtrándose entre visillos blancos, creando un contraluz que dejaba casi en penumbra el resto de la estancia concentrando un haz dorado sobre la pequeña mesa redonda en la que tomamos asiento, sobre la que ya esperaban uno o dos mazos de naipes algo más grandes y diferentes a los Heraclio Fournier de toda la vida.

Desde el instante en que un par de días antes acepté realizar aquella visita que proponía un viaje al futuro, si no me lo tomé a guasa, al menos, no demasiado en serio. La verdad es que al llegar el momento empecé a notar cierta intranquilidad parecida a la que se tiene antes de entrar al dentista a ser anestesiado, mezclada con pudor, con vergüenza, como diciéndome a mí mismo:

—¿Para qué tienes tú que hacer estas cosas?

Una vez sentado frente a la vidente, ayudado por el aspecto de aquella dama que era agradable del que emanaba un toque distinguido y educado, acepté la inminente impresión que iba a recibir, zambulléndome en la situación ya sin remedio, como quien se tira de cabeza a un río sabiendo que el agua va a estar helada.

Barajó los naipes con una lenta elegancia ritual. Los posó sobre la mesa y me pidió que cortara la baraja, no recuerdo con qué mano. Lo hice y ella comenzó a destapar las cartas colocándolas unas junto a otras o semitapándolas con las que sacaba del mazo. Mientras procedía a la tirada, me preguntó si tenía familiares en otros países, a lo que contesté conciso que sí.

Ya expuesta con el aspecto de un solitario toda la baraja sobre la mesa, mostró la misma atención con que un abogado se centra en la lectura de un importante documento, o el interés de un médico mientras lee una analítica sin emitir palabra alguna; escogió varias cartas y las cambió de lugar cubriendo parcialmente otras. Mientras tanto, seguramente con cara de imbécil, yo observaba aquella esotérica maniobra en silencio esperando ser invitado a subir en una alfombra mágica.

La mensajera continuaba callada. De repente, recogió todos los naipes, los unió otra vez en un solo mazo y volvió a barajarlos; me pidió que repitiese el corte comenzando de nuevo en silencio la tirada al igual que lo hizo antes.

Por fin dijo algo:

—No sé, no sé. No entiendo.

Mientras, cambiaba repetidamente algunas cartas de un lugar unas encima de otras, aparentemente un poco nerviosa.

—No comprendo nada de lo que dicen estas cartas.

Continuaba cambiándolas de lugar cada vez con mayor desdén, desbaratándolas como si repentinamente aquellos arcanos le hablasen en filisteo o se hubieran quedado mudos.

—No puedo decirte nada, es muy curioso pero no las comprendo.

Yo no sabía qué decir, limitándome a mirarla perplejo.

—Lo siento de veras, pero no sé, no sé interpretarlas —concluyó rotundamente, dándose por vencida, mientras recogía la baraja mirándome muy seria.

—¿Entonces? —le pregunté sin salir de mi asombro.

—Es que son un galimatías y no quiero decir algo por decírtelo.

No habrían transcurrido ni cinco minutos, eso fue todo lo que duró la sesión.

A punto de levantarme de la mesa le pregunté lo que tenía que pagarle. Muy educadamente contestó que nada, naturalmente no le debía nada. Me acompañó hasta la puerta y me marché con la mente completamente en blanco sin saber, mientras caminaba por la calle, si aquello era bueno o malo, si yo realmente era tan raro o, simplemente, se trataba de que la adivina pudiera haber sufrido un repentino y peligroso movimiento intestinal obligándole a cerrar la sesión cuanto antes.

Puede ocurrirle a cualquiera.

Creo que opté finalmente por tomarlo a guasa como algo anecdótico. Puse en práctica el arte de meter las manos en los bolsillos del pantalón y seguí caminando riéndome interiormente de mi mismo, nunca mejor dicho, sin ningún destino.

Al fin y al cabo, pudo haber sido peor si, por ejemplo, al leer las cartas hubiera estallado en llantos, o al igual que el Pacheco de *El manuscrito encontrado en Zaragoza* de Potocki, hubiera proferido un patético gemido, aunque no puedo evitar reconocer que mi vida se compone de situaciones, fases y opciones elegidas, que en ocasiones serían para algunos difíciles de entender.

Veamos por qué, si así es, comenzando por el principio.

